

MAS DE TRINIDAD.—LA FIEBRE AMARILLA.—EL COMERCIO.—EL TRAFICO POR LA COSTA SUR.—MATILDE DIEZ.

Invasió á Trinidad con carácter epidémico la fiebre amarilla y no habiendo allí casas de salud, alquilamos los jóvenes de comercio, auxiliados por nuestros principales, dos casas vacías y las habilitamos para recibir enfermos y asistirlos bajo la dirección del doctor don Ramón Torrado, ocurriendo un lance que merece referirse.

Los que hacíamos guardia de noche cenábamos y bebíamos vino de Burdeos. En un cuarto contiguo al comedor había un enfermo ya desahuciado y preparado, á quien el doctor dió orden de que no se le molestara y se le dejara morir tranquilo. Terminada la cena el criado puso la caja del vino cerca de la cama del enfermo; había una botella comenzada que el enfermo cogió y con avidez se la bebió toda. Cuando por la mañana fué el doctor á girar la visita le impusimos del caso y se encogió de hombros; pero cual no sería su sorpresa al ver la reacción que se había operado en el enfermo hasta llevarle á una curación completa. ¿Será una mentira la medicina? decía el doctor.

En la época que voy describiendo, 1850 á 1854, Trinidad era muy rica; pero se dormía sobre sus laureles; no se ocupaba para nada del ferrocarril y Cienfuegos comenzaba á depauperarla. En este último punto había la riqueza de los colonos De Clonet, Dorticós y otros, la fortuna de Terry que llegó á 37 millones y otros atractivos para capitales en explotación. Trinidad tenía un magnífico valle con espléndidas fincas azucareras que hacían 84.000 cajas de azúcar. Hoy toda la jurisdicción no hace más de 60.000 sacos y la riqueza

liquida imponible está representada por 3.300 contribuyentes que sólo pagan \$11.500 currency. En cambio ~~Cienfuegos con su comercio~~ *Cienfuegos* más ~~car~~ tiene cerca de 6.000 contribuyentes que pagan más de 200.000 dólares y en importancia es la segunda aduana de Cuba.

Trinidad importaba grandes cantidades de tejidos, ferretería, arroz, tasajo y otros artículos de importancia, teniendo entonces las casas de comercio de Zulueta, hermano y compañía, Marrugat, Palau y compañía, Fritz, Staub y compañía, Leonci ~~y compañía~~ Caston, Safford y Fox y algunas más de pequeña importancia; la primera, tercera y quinta, tenían grandes almacenes de depósito en Casilda. Los artículos referidos se aplicaban para sus exportaciones con destino á otros mercados de la Isla, como Santiago de Cuba, con Vinent y compañía, Bueno, Baralt y compañía, Calsamiglia y compañía, Pons y Ziegler; Manzanillo, con Ramírez y Oro; Bayamo, con Catalán, Grau y compañía; Habana, con Drake y compañía, San Pelayo, Pardo y compañía, Noriega, Olmo y compañía y otros, y Cienfuegos, con Tomás Terry, Monzon, Abreu y compañía y Zolozabal, Campo y compañía.

El comercio de Trinidad, era extremadamente honrado. A los hacendados se les mandaba dinero á cuenta en onzas de oro que llevaban los negros en jabas, al cuidado de un dependiente.

Cuando en el muelle se vendía algún cargamento particularmente de Málaga ó de provisiones de los Estados Unidos, se pasaba una

X

X

nota detallada del componente a los almacenistas y éstos a la hora fijada para oír proposiciones se limitaban a hacer un papel poco mayor del tamaño de un cigarro y allí consignaban la cantidad total que ofrecían y la fecha del pago. No había más pagaré, ni más obligación, que á veces estaba escrita con lápiz. Ya se entiende que el que ofrecía mayor cantidad se llevaba el cargamento.

El tráfico en bahía se hacía con las lanchas del gremio de mercantes y el de los ingenios con unas embarcaciones que se llamaban guairos.

Con toda la costa sur hasta Batabanó, se correspondía por medio de vapores que entonces eran el Isabel y el ~~Tayaba~~. Había también algunas goletas con patrones de confianza. Uno de éstos acostumbraba á traer billetes de lotería que se le encargaban. Antes de salir de Batabanó vió que uno de ellos estaba premiado en \$100.000 y sin embargo lo llevó á Trinidad y se lo entregó á quien estaba designado. Hoy sería difícil encontrar un tipo de esa especie.

Entre las personas notables de Trinidad, por su capital ó posición social, figuraba en primera línea el Excmo. Sr. don Juan Guillermo Baquer, gran cruz, intendente honorario y gentil hombre. Era de Filadelfia donde se llamaba Baker; pero españolizó su nombre y perdió los bienes que tenía en los Estados Unidos; era sordo y hablaba bastante mal el español. Su casa en Trinidad y las viviendas y edificios de su ingenio estaban contruidos á todo lujo.

Don Justo Germán Cantero, médico cubano casado hoy con la viuda de Iznaga, señora riquísima. Cantero era lo que hoy llamaríamos hombre de sport. El conde que si bien se retiró á Cádiz, dejó á su hija y á sus bienes en Trini-

dad: era también un hombre de sport que se daba todo el gusto posible. Otros personajes había en Trinidad pero no tenían el relieve de los que acabo de nombrar.

Los doctores en medicina que más fama tenían en Trinidad eran el doctor Torrado, gallego, y el doctor Frías, andaluz, el hombre de más buen humor que había en la ciudad: era abuelo del gran político cubano que actualmente se halla en los Estados Unidos y padre de otro médico también cubano.

Las autoridades más conocidas, por su permanencia fueron Ruiz de Apodaca, comandante de Marina, Montojo, capitán de Puerto é Illas, comandante de carabineros.

Dos lunares encontré en Trinidad: que se jugaba tanto como en los pocitos de Jaruco y que en sus costas se realizaba la trata de negros que terminó con una expedición llevada á sus costas por el famoso Viñes en un gran barco que tenía enormes velas latinas. Por cierto que había allí un elevado funcionario de Hacienda, llamado Llorente, padre del conocido magistrado don Pedro, que perseguía encarnizadamente á los negros.

La atmósfera separatista por un lado y por otro la muerte de dos amigos, me hicieron aparecer Trinidad como una losa de plomo; busqué un pretexto para salir de casa de Zulueta, lo cual me costó gran trabajo, pues me tenían verdadero cariño y á mediados de septiembre de 1854 marché á Cienfuegos á ver trabajar la compañía de Matilde Diez. En el mismo vapor que venía para la Habana y traía entre el pasaje á esa compañía, me embarqué yo con mis amigos Cañeda, sobrino del general que cesaba y Espelucín, comandante de la guardia civil. Antes de llegar á San Felipe descañilamos y entramos en la Habana el 21 de Septiembre de 1854, á las dos y media de la mañana.

José M. de Arrarte.

MONIO
CENTAL
HISTORIADOS
LA HABANA